

Neutralidad bibliotecaria

Edgardo Cvallero

Licenciado en Bibliotecología y Documentación

edgardocvallero@gmail.com

Resumen

La neutralidad es una de las metanarrativas más difundidas dentro de la bibliotecología y la documentación, defendida e impuesta mediante las currículas educativas, la bibliografía académica más conservadora y las políticas institucionales. El presente artículo señala, apoyándose en los escritos de distintos autores críticos, los problemas implícitos en tal discurso, poniendo en claro que en la práctica los centros y los profesionales de la información distan mucho de ser neutrales y que, al ocultarse bajo esa etiqueta pretendidamente objetiva y científica, solo buscan enmascarar sus filias y sus fobias, neutralizar los debates, aparentar equidistancia, evitar posicionarse, rehuir los compromisos sociales, descartar responsabilidades y disimular, en algunos casos, su plena adhesión al sistema dominante.

El texto establece los principales hitos de la discusión sobre esta temática en el seno de la literatura académica; identifica algunos de los problemas; analiza el alcance y la extensión del término-paraguas "neutralidad bibliotecaria" dentro de la disciplina; y, por último, recoge las críticas al propio concepto de "neutralidad".

Summary

The notion of neutrality is one of the most widely spread metanarratives in librarianship. Today's curricula, more conservative bibliography and institutional policies are among its most outstanding advocators and patrons. In the following paper we present, based on the critical writings of several scholars from different areas of knowledge, the inherent problems associated to such discourse, understanding that neither libraries nor their professionals are close to be neutral. On the contrary, what hides behind this label of allegedly objectivity and scientific knowledge is not only a system of sympathies and aversions but the attempt to neutralize discussions, pretend being balanced, avoid taking sides, give up social commitment, put responsibility aside and occasionally disguise their support to the dominant power.

The text includes the milestones of this discussion within the framework of academic literature; identifies core problems; analyses the scope and limitations of "library neutrality"; and sums up much of the criticism against the notion of "neutrality" itself.

Palabras clave: Neutralidad bibliotecaria, objetividad, responsabilidad social, política

Keywords: Librarianship, neutrality, objectivity, social responsibility, political choice

1. Introducción

Para la teoría crítica, una metanarrativa es un gran relato que busca dar una explicación general a un conjunto de experiencias determinadas. Los teóricos críticos —sobre todo los llamados "postmodernos", con Jean-François Lyotard a la cabeza— desconfían de semejantes discursos: los consideran constructos sociales con los que se pretende "rellenar" vacíos interpretativos y ocultar una apabullante diversidad de historias o relatos particulares, y que suelen ser elaborados y promocionados por los poderes dominantes precisamente para homogeneizar la opinión pública, imponer sus ideas y silenciar voces diferentes a la suya.

La neutralidad bibliotecaria (o "el mito de la neutralidad", como ha sido designado por algunos autores¹) puede considerarse una metanarrativa dentro de las disciplinas del libro y la información. Una que intenta explicar algunos rasgos del quehacer profesional y termina convirtiéndose en una verdadera directriz. Una de la que hay que desconfiar —por todas las connotaciones e implicaciones negativas que lleva aparejadas— y que, en última instancia, necesita ser desmontada críticamente.

Se trata de uno de los discursos más repetidos dentro de la bibliotecología: subyace persistentemente a lo largo y ancho de la disciplina, en todas sus facetas y a todos sus niveles. Se hace hincapié en la neutralidad bibliotecaria en la adquisición y formación de colecciones, en la catalogación y clasificación de documentos, en los servicios de referencia, en la producción de resúmenes documentales, en el establecimiento de vínculos entre la biblioteca y su comunidad, en la investigación de las funciones de los centros de documentación, en la educación a los futuros profesionales... Resulta, en definitiva, omnipresente, aunque en ocasiones pase desapercibida o no sea distinguida con la suficiente claridad.

El concepto de neutralidad bibliotecaria ha sido a menudo confundido con o utilizado indistintamente en lugar de otros (p.e. *independencia* o *autonomía*) que raramente tienen el mismo significado. Un ejemplo más del empleo encubridor y manipulador del lenguaje² que ha creado numerosos malentendidos, generado encendidas discusiones a lo largo de la historia de la disciplina, y ocupado cientos de páginas de literatura académica —sobre todo en medios críticos— desde la década de 1960.

2. Historia de un debate

Desde los inicios de la bibliotecología como campo disciplinario se hizo especial hincapié en que cuestiones como la *neutralidad* y la *objetividad* ocupasen un lugar prominente en el ideario profesional: el bibliotecario debía servir al público de forma equitativa, desprendiéndose de cualquier juicio ético, evaluación moral, compromiso social y posición política o ideológica. Como motivo de ese énfasis, Archie Dick³ apuntó a las tempranas pretensiones cientificistas de la bibliotecología: para convertirse

¹ Vid. p.e. Jensen, Robert (2008). "The Myth of the Neutral Professional". En: *Questioning Library Neutrality*. Duluth, MN: Library Juice Press; Branum, Candise (s.f.). "The Myth of Library Neutrality" (<http://candisebranum.wordpress.com/papers/the-myth-of-library-neutrality/>); o López López, Pedro (2008). "El mito de la neutralidad en Biblioteconomía y Documentación". *Educación y Biblioteca*, 166, pp. 62-68.

² Romano, Vicente (2007). *La intoxicación lingüística. El uso perverso de la lengua*. Mataró: El viejo topo.

³ Dick, Archie (1995). "Library and information science as a social science: Neutral and normative conceptions". *Library Quarterly*, 65 (2), pp. 216-235.

en una ciencia (y el modelo a seguir eran las ciencias puras o exactas) debía basar su trabajo en criterios "objetivos" y "neutrales".

"Cuando se institucionalizó la educación bibliotecaria en las universidades estadounidenses, en las décadas de 1920 y 1930, se perseguía un camino de crecimiento disciplinario guiado principalmente por las perspectivas de la filosofía de la ciencia. De esa forma, la objetividad y la neutralidad se convirtieron en destacados ideales profesionales".

En la década de los 60, Douglas J. Foskett⁴ colocó la neutralidad bibliotecaria en primer plano: en un texto alabado y criticado por igual ("El credo de un bibliotecario: ni política, ni religión, ni moral"), afirmó que "[d]urante el servicio de referencia, el bibliotecario debe desvanecerse como individuo, excepto en aquellos casos en los que su personalidad arroje alguna luz sobre el trabajo de la biblioteca. Debe ser el *alter ego* del lector, inmerso en su política, su religión, su moral". Foskett no creía que el bibliotecario debiera deshacerse de sus propios valores (de hecho, opinaba que eran necesarios para crear un vínculo de empatía con sus usuarios). Pero sí pensaba que el profesional debía dejarlos a un lado *en el acto de proporcionar el servicio*, para ahondar en las preocupaciones y necesidades inmediatas del lector sin ver sus capacidades "impedidas" por ningún filtro personal. Muchos autores han visto en esos planteamientos la base teórica para la posterior preconización de un profesional artificialmente aséptico, "cosificado", despersonalizado y virtualmente convertido en una "máquina". Ese rol bibliotecario se ajustaría a la perfección al paradigma bibliotecológico tecnológico⁵ que apareció en los 60 y se desarrollaría en la década siguiente, el cual da mayor importancia a los procesos que a las personas.

En 1972, David Berninghausen avivó la discusión al publicar uno de los artículos más controvertidos sobre neutralidad bibliotecaria⁶. En él afirmó que el pretendido objetivo bibliotecario de garantizar la libertad intelectual sólo podía lograrse a través de una estricta neutralidad por parte de los profesionales de la información. El debate que siguió fue intenso, y la respuesta al artículo llegó dos meses después, en un texto escrito por varios autores⁷. Uno de ellos, E. J. Josey, manifestó que Berninghausen abogaba por "una especie de capitalismo *laissez-faire* en bibliotecología, en el que se prestase atención a los ricos, poderosos, inteligentes y acomodados, y se dejase a las opiniones contrarias a merced de un mercado dominado por los primeros". Este razonamiento sería utilizado desde entonces como principal ariete contra la idea de neutralidad bibliotecaria.

Los debates continuaron en los 80. Se veía a la neutralidad como una actitud totalmente pasiva y, por ende, peligrosa para la independencia de la biblioteca como institución, para el pensamiento crítico y para la libertad de expresión y opinión. Henry Blanke⁸

⁴ Foskett, Douglas John (1962). *The Creed of a Librarian: No Politics, No Religion, No Morals*. London: The Library Association.

⁵ Para una descripción de los paradigmas bibliotecológicos, *vid.* Gironelly Pérez, Sonia (1997). "Paradigmas y no paradigmas: una conceptualización necesaria". *Ciencias de la Información*, 28 (2), pp. 75-90.

⁶ Berninghausen, David K. (1972). "Antithesis in Librarianship: Social Responsibility vs. The Library Bill of Rights". *Library Journal*, 97, pp. 3675-3681.

⁷ Wedgeworth, Robert *et al.* (1973). "Social Responsibility and the Library Bill of Rights: The Berninghausen Debate". *Library Journal*, 98, pp. 25-41.

⁸ Blanke, Henry (1989). "Librarianship & Political Values: Neutrality or Commitment?". *Library Journal*, 114 (12), pp. 39-43.

señaló que se trataba de una clara posición partidaria a favor del *mainstream*, "un consentimiento incondicional a los imperativos de los elementos más poderosos e influyentes de la sociedad".

A pesar de haber sido cuestionado, contestado y desafiado por las corrientes más críticas y progresistas de la bibliotecología⁹ (que son, al mismo tiempo, las minoritarias y "alternativas"), el concepto de neutralidad ha llegado hasta nuestros días prácticamente intacto. Pese a todos los argumentos esgrimidos en su contra, es defendido y apoyado firmemente por los estratos dominantes afines al poder hegemónico (y aparece en directrices académicas, recomendaciones de grandes asociaciones y artículos o libros). El bibliotecario actual, aún cuando llegue a reconocer en su actividad cierto papel democratizador o ciertas implicaciones sociales, no suele considerar su labor como algo político o en lo que haya (o debiera haber) un posicionamiento ideológico o personal: un porcentaje significativo de la comunidad profesional adhiere a la idea de que su trabajo es (o debe ser) totalmente neutral¹⁰. Esta insistencia en la objetividad y en la neutralidad consiguen arrebatarse a la disciplina algunas de sus características más valiosas, como la responsabilidad social y el compromiso con la justicia y los derechos humanos.

El relato de la neutralidad en el campo de la bibliotecología puede encontrarse, en distintos grados y a varios niveles, en la práctica totalidad de sus escenarios. Para abordar el "problema de la neutralidad" con propiedad y contrarrestarlo con toda la efectividad que sería deseable, tales niveles deben ser identificados y diferenciados correctamente.

En una aproximación superficial a la biblioteca como institución, puede hablarse de neutralidad a nivel de misión y de funciones, a nivel de servicios (sobre todo el de referencia) y a nivel de políticas internas (p.e. las de adquisición y formación de colecciones, las de clasificación y catalogación, las de préstamo y las de contratación de personal). Un acercamiento paralelo a la bibliotecología como disciplina proporciona indicios de neutralidad en las áreas de investigación y docencia (aspectos que no serán tratados en este artículo). En la siguiente sección se presenta un análisis — extremadamente somero, considerando la complejidad de la temática y los muchos intereses en juego— de la presencia del término "neutralidad" en los ámbitos arriba señalados.

3. Neutralidad en las bibliotecas

3.1. En la misión y las funciones

Muchas bibliotecas se consideran y se presentan a sí mismas como "espacios neutrales". Mediante esta etiqueta pretenden indicar que su misión está desvinculada de cualquier posicionamiento: la institución es ajena a cualquier tipo de valoración, juicio u opinión, a toda actividad política o a cualquier marco o planteamiento ideológico. Asimismo,

⁹ Vid. p.e. Lewis, Alison (ed.) (2008). *Questioning Library Neutrality: Essays from Progressive Librarian*. Duluth, MN: Library Juice Press. Se trata de una colección de ensayos (de autores como Mark Rosenzweig, Sandy Iverson, Robert Jensen y John Doherty) tomados de la revista *Progressive Librarian*.

¹⁰ "Desafortunadamente, demasiado a menudo los bibliotecarios han rechazado la naturaleza política del trabajo que realizan. En estos tiempos de intensa mercantilización de la información, los bibliotecarios han buscado jugar roles destacados en la nueva 'sociedad de la información'. Para ello, han aceptado acríticamente los ideales de profesionalización y han adoptado los principios de objetividad y neutralidad". Iverson, Sandy (1998/1999). "Librarianship and Resistance". *Progressive Librarian*, 15, pp. 14-19.

declaran que su función principal es la de proporcionar información "de manera neutral y objetiva", es decir, sin tener en cuenta las razones por las que se solicita dicha información ni el uso que se vaya a hacer de ella o se pudiera hacer si fuera distribuida bajo ciertas condiciones ideales¹¹. Para Ronald McCabe¹² este distanciamiento entre la causa que provoca la necesidad y la respuesta a la misma se inscribe en una cada vez mayor atención al individualismo en detrimento de la comunidad. El autor asocia neutralidad con pasividad y advierte de lo perjudicial de esta postura:

"Cuando los bibliotecarios públicos dejaron de proporcionar educación para proveer acceso, se olvidaron de la elevada vocación profesional de mejorar la vida de la gente para ocuparse del proceso técnico y mecánico de distribuir materiales y servicios sin preocuparse por el impacto que esos materiales y servicios pudieran tener en la vida de la gente".

El planteamiento de "espacio neutral", alentado desde los estratos dominantes y pocas veces discutido, ofrece en sí mismo una serie de contradicciones que lo anulan. La principal es bastante notoria. Al brindar información, la biblioteca (en ocasiones, inadvertidamente) corrige deficiencias, acorta brechas y permite el libre acceso al conocimiento. Y, aunque muchos profesionales de la bibliotecología y la documentación intenten negarlo, esto convierte a su actividad en una acción totalmente política, en la cual se evidencia un innegable (aunque a veces indeseado) compromiso social. Al proveer acceso a una información que, dentro del modelo post-industrial neoliberal, se ha convertido en un preciado bien de consumo accesible solo para unos pocos, las bibliotecas llevan a cabo actos de verdadera justicia social y económica.¹³

Por otro lado, y en el extremo opuesto de la balanza, al solicitar un pago por los servicios que ofrecen, muchos centros de información también están adoptando un (lamentable) posicionamiento: negar el acceso al conocimiento a aquellos con menos recursos.

En ocasiones, las bibliotecas se auto-asignan el calificativo "neutral" para aclarar a su comunidad que no están sometidas a la influencia de ninguna instancia superior. Tal hecho, ciertamente dudoso en la mayoría de los casos, no indica neutralidad sino independencia, y es uno de los usos imprecisos o erróneos del término que acrecienta la confusión en torno a él.

3.2. En los servicios

En el área de los servicios (en especial en el de referencia, que conlleva un contacto más estrecho con los usuarios), "neutralidad" va indefectiblemente asociado a un trato justo e igualitario a todos los visitantes de la biblioteca, sin mostrar inclinaciones particulares o visos de discriminación. Esto es ciertamente recomendable, pero tiene poco que ver con la neutralidad y mucho con una noción básica de respeto, con los derechos de los ciudadanos amparados por legislaciones (inter)nacionales y con la adhesión a los

¹¹ Archie Dick (*vid.* nota 3) dice que hay una notoria falta de ética en la neutralidad: en el caso de los bibliotecarios, se pone el acento en la entrega de información, pero nunca en lo que motiva la necesidad de dicha información o en los efectos que provoca la misma cuando es entregada.

¹² McCabe, Ronald B. (2001). *Civic Librarianship: Renewing the Social Mission of the Public Library*. Lanham: Scarecrow.

¹³ *Vid.* p.e. Iverson, Sandy (1998). "Librarianship and Resistance". *Progressive Librarian*, 15, pp. 14-19.

postulados de la Declaración Universal de los Derechos Humanos (sobre todo a los artículos 2 y 7).

Asimismo, "neutralidad" suele vincularse a unos servicios que se provean "sin sesgos", es decir, que sean imparciales y objetivos. Un servicio de tales características (es decir, uno que no revele preferencias a la hora de señalar bibliografía o materiales de consulta) es imposible. Un bibliotecario teóricamente neutral ofrecería un abanico de posibilidades diversas —lo cual no ocurre en la práctica debido a las limitaciones de las políticas de formación de colecciones, *vid. infra*— y no se decantaría por ninguna de ellas; es decir, no proporcionaría al usuario consejo o información accesoria que impliquen "preferencia". Ello, por un lado, iría en contra de la propia noción de servicio de referencia o de consulta. Por el otro, el profesional *siempre* opta: ya en su selección de fuentes, elige las que le parecen más adecuadas (y deja de lado otras), y en sus recomendaciones e instrucciones al usuario influyen sus preferencias personales (fruto de su formación y su experiencia), de modo que su supuesta neutralidad queda anulada. Gillian Gremmels¹⁴ demostró que objetividad y neutralidad no son factibles (ni recomendables) en un servicio de referencia. En lugar de que los bibliotecarios se fueren a permanecer neutrales, la autora les aconseja que usen su criterio y sus valoraciones personales/profesionales como herramienta para crear una ciudadanía verdaderamente informada.

Por otro lado, no hay que olvidar que la neutralidad en los servicios puede ser un arma de doble filo para el bibliotecario cuando lleva implícito el no abordar determinados asuntos o descartar ciertos enfoques. Invocando la "neutralidad" y el "equilibrio" en el marco de los servicios bibliotecarios, puede imponerse a los profesionales una mordaza que les impida formular conceptos etiquetados como "radicales" o "alternativos". De este modo, se estaría evitando traspasar una serie de "fronteras invisibles" que la profesión traza a su alrededor —y en las que se encierra— para defender su postura neutral y "políticamente correcta". Esos límites suelen obedecer a lo dictaminado por instancias superiores (empresas, organizaciones, Estado) para satisfacer su propia agenda y sus intereses.

3.3. En las políticas internas

Muchas bibliotecas quieren incluir la "neutralidad" en todas sus políticas internas, sin percatarse (o tal vez haciéndolo) de que la propia preparación y redacción de una "política" aleja toda posibilidad de neutralidad. Al tratarse de un documento normativo, estipula la aplicación de opciones específicas —dejando otras de lado— y, por ende, implica una clara toma de posición que suele reflejar las obligaciones y los afectos a los que está sujeta una institución determinada (o un sector dentro de esa institución). De hecho, un análisis de las políticas de una biblioteca particular arroja numerosas pistas sobre cuál es su marco económico-ideológico, el cual nunca resulta ser neutro u objetivo.

La imagen de equilibrio que intentan dar ciertas bibliotecas se cae a pedazos cuando se considera cómo funcionan las políticas de adquisiciones. Se priorizan las necesidades de determinados usuarios por encima de las de los demás, y no se da cabida a toda la diversidad informativa existente (aún en los casos en los que sea posible hacerlo) al relegar, por ejemplo, materiales "alternativos" o referentes a ciertos temas. Al decidir

¹⁴ Gremmels, Gillian S. (1991). "Reference in the Public Interest: An Examination of Ethics". *Reference Quarterly*, 30, pp. 362-368.

previamente cuáles son los intereses y cuál la conveniencia para sus usuarios¹⁵, el bibliotecario está tomando partido. Asimismo, al decantarse por ciertas librerías o editoriales¹⁶ —lo cual, por cierto, suele ir en detrimento de la libertad intelectual y el libre acceso a la mayor variedad de información posible— su neutralidad queda refutada. La formación de colecciones, por lo tanto, no se realiza de manera equilibrada, sino "sesgada" y con un alto nivel de auto-censura, como ya señaló Celeste West.¹⁷

En un artículo muy difundido, Dorothy Broderick¹⁸ afirma que la neutralidad en las adquisiciones no solo es imposible, sino indeseable. En lugar de propugnar una estricta neutralidad en la selección de documentos, los bibliotecarios deberían "ofrecer experiencias a través de materiales para ampliar, en lugar de limitar, el potencial de crecimiento [de los usuarios]". Michael Harris¹⁹ explica que la neutralidad en la formación de colecciones se invoca como excusa, entre otras cosas, para facilitar una aproximación pasiva (es decir, poco comprometida) a la profesión y para trasladar posibles responsabilidades y falencias a la "política neutral" (y no a quién la diseñó y puso en práctica).

Por su parte, las políticas de préstamos —en especial en bibliotecas universitarias o de grandes centros de investigación— carecen de todo atisbo de "neutralidad" o "equilibrio" al no tratar a todos los usuarios en igualdad de condiciones: los profesores, los jefes de departamento y los investigadores, por ejemplo, normalmente poseen privilegios con los que los demás no cuentan.

Las políticas de clasificación tampoco pueden considerarse "neutrales", "objetivas" o "equilibradas". Dado que se trata de una actividad intelectual, la propia clasificación es subjetiva y, por ende, inherentemente "sesgada", evidenciando las inclinaciones y afinidades del clasificador. De existir una política al respecto, estaría igualmente marcada por las preferencias de aquellos que la diseñaron.

Por último, podría pensarse en las políticas de contratación de personal como las más "equitativas", pues al ser más visibles son objeto de examen y crítica por parte de un mayor número de actores. Sin embargo, los casos de discriminación denunciados dentro de numerosas bibliotecas a nivel local, estatal e internacional llevan a cuestionar la "neutralidad" de las mismas.

¹⁵ Más allá de los estudios de usuarios y las estadísticas que se realicen, la decisión final sobre la adquisición de documentos para la formación de una colección siempre queda en manos de los responsables de la biblioteca (cuando no ha sido ya tomada por los de instancias superiores), los cuales no siempre prestan atención a los datos que obtienen de y sobre sus usuarios.

¹⁶ Las adquisiciones bibliotecarias vienen, por lo general, marcadas por decisiones político-económicas de instancias superiores, y suelen ponerse en manos de un número limitado de compañías.

¹⁷ West, Celeste (1983). "The Secret Garden of Censorship: Ourselves". *Library Journal*, 108 (15), pp. 1651-1654. Hay muchísimos otros documentos sobre censura en las bibliotecas, sobre todo en la formación de colecciones. *Vid. p.e.* Cornog, Martha y Perper, Timothy (1996). *For Sex Education, see Librarian*. Westport, CT: Greenwood Press; y Cain, Charlene. "Librarians and censorship: The ethical imperative". En Cain, Charlene (ed.) (2006) *Intellectual Freedom Manual*. Louisiana Libraries Association.

¹⁸ Broderick, Dorothy (1971). "Censorship Reevaluated". *Library Journal*, 96, pp. 3816-3818.

¹⁹ Harris, Michael H. (1973). "The Purpose of the American Public Library: A Revisionist Interpretation of History". *Library Journal*, 98, pp. 2509-2514.

4. Una falacia conceptual

Sandra Harding²⁰ señala que "es una opinión muy extendida que el ideal de objetividad como neutralidad ha fallado no sólo en historia y en las ciencias sociales, sino también en la filosofía y campos relacionados como el de la jurisprudencia". La autora explica que la neutralidad no es más que la preponderancia de un punto de vista sobre otros. Para ello cita al historiador Robert Proctor²¹, quien, en un texto sobre la ciencia en la Alemania nazi, demuestra que una disciplina se "depolitiza" (convirtiéndose en algo "neutral") cuando se destruye toda posibilidad de debate, discusión y controversia en su interior, mientras al mismo tiempo una "autoridad" (llámese academia, institución o Estado) coloca como referencia ciertos valores considerados "aceptables" o "apropiados" y anula los demás. Esto nada tiene que ver con objetividad y sí tiene mucho en común con la imposición de una postura determinada.

Robert Jensen²², como muchos otros autores, indica que la neutralidad es un mito y que no tomar partido es una manera de posicionarse:

"En el sentido político y filosófico en el cual uso el término, la neutralidad es imposible. En cualquier situación existe una distribución de poder. Apoyar o rechazar abiertamente esa distribución son, por supuesto, elecciones políticas; tales posiciones no son neutrales. No tomar una posición explícita alegando ser neutral también es una opción política, particularmente cuando se poseen los recursos que facilitan evaluar las consecuencias de esa distribución de poder y, al menos potencialmente, modificar tal distribución.

(...) La pretensión de neutralidad significa simplemente que uno no está posicionándose sobre la distribución de poder ni sobre sus consecuencias, lo cual significa aceptar pasivamente la distribución existente. Incluso esto es una posición política y por lo tanto inherentemente no-neutral".

Sobre esta misma idea, William Martin²³ señala:

"A pesar de los programas de extensión y de la innovación, las bibliotecas todavía enfrentan un problema de credibilidad porque su posición en la sociedad es marginal con respecto a muchos de sus problemas fundamentales: pobreza, racismo, desempleo..."

Al igual que Jensen, Henry Blanke²⁴ denuncia a la neutralidad como una forma de acogerse al paradigma o poder hegemónico:

²⁰ Harding, Sandra (1992). "After the Neutrality Ideal: Science, Politics, and 'Strong Objectivity'". *Social Research*, 59 (3), pp. 567-587.

²¹ Proctor, Robert (1988). *Racial Hygiene: Medicine Under the Nazis*. Cambridge: Harvard University.

²² Jensen, Robert (2004/2005). "The myth of the neutral professional". *Progressive Librarian*, 24, pp. 28-34.

²³ Martin, William J. (1980). "Social Intervention by Libraries". *Library Association Record*, 82, p. 417.

²⁴ Blanke, Henry (1989). "Librarianship & Political Values: Neutrality or Commitment?". *Library Journal*, 114 (12), pp. 39-43.

"La reluctancia de la bibliotecología a definir sus valores en términos políticos y a cultivar un sentido de responsabilidad social puede llevarla a acomodarse de manera acrítica con los poderes económicos y políticos que dominan la sociedad".

Rory Litwin²⁵ ahonda en la cuestión afirmando que "la neutralidad es un mal confirmado, pues apoya el reparto de poder existente [el *statu quo*] y lo hace invisible". Myles Horton y Paulo Freire²⁶ no se quedan atrás:

"[La neutralidad es] el eslogan del sistema existente. No tiene nada que ver con otra cosa que no sea estar de acuerdo con lo que es y lo que siempre será — eso es la neutralidad. Neutralidad es simplemente seguir a la multitud. Neutralidad es simplemente ser lo que el sistema nos pide que seamos".

Desde una perspectiva crítica, la neutralidad se presenta como una etiqueta engañosa que brinda al poder dominante un enorme control. Es incompatible con los discursos alternativos, con las posiciones contestatarias, con la discrepancia, con la defensa de los derechos humanos, con el cambio... Es una poderosa herramienta de homogeneización y silenciamiento: marca límites y defiende posturas concretas, que, curiosamente, siempre benefician al *statu quo*. Y, sobre todo, pone todo tipo de trabas al ejercicio de la libertad intelectual: la libre expresión de opiniones, puntos de vista y perspectivas que no sean las estipuladas como "correctas" o "convenientes".

5. Conclusión

Frente a las problemáticas que genera propugnar la neutralidad en el seno de las disciplinas del libro y la información, se han alzado numerosas voces de denuncia que advierten de las consecuencias y los peligros que conlleva su acérrima defensa y proponen caminos alternativos. En este sentido, las voces más fuertes siempre se han escuchado en el ámbito de la bibliotecología progresista o crítica. En "Biblioteconomía y derechos humanos"²⁷, Toni Samek escribe:

"Históricamente, la reivindicación profesional de la neutralidad biblioteconómica ha trazado una línea divisoria entre los asuntos profesionales —como la alfabetización— y las llamadas cuestiones no profesionales, como la guerra. (...) [E]l movimiento biblioteconómico internacional conocido en el siglo XXI como "biblioteconomía crítica" (...) apunta a desdibujar estas líneas y presentarlas como contra-intuitivas y contraproducentes para el desarrollo de un trabajo biblioteconómico más humanístico (y menos técnico-gerencial). Por la misma razón, está concebida como un reto directo a la noción de neutralidad biblioteconómica,

²⁵ Litwin, Rory. "Neutrality, Objectivity, and the Political Center". En Litwin, Rory (ed.) (2006). *Library Juice Concentrate*. Duluth, MN: Library Juice Press, pp. 5-10.

²⁶ Horton, Myles y Freire, Paulo (1990). *We Make the Road by Walking: Conversations on Education and Social Change*. Philadelphia: Temple University Press.

²⁷ Samek, Toni (2008). *Biblioteconomía y derechos humanos: Una guía para el siglo XXI*. Oviedo: TREA.

especialmente en el contexto actual de guerra, revolución, cambio social y fundamentalismo del mercado global".

Como contraofensiva al intento de homogeneizar y convertir en imparcial una disciplina con tantas facetas sociales como la bibliotecología, los progresistas proponen precisamente la parcialidad, la adopción de una postura determinada, el compromiso con una opinión y una perspectiva. Donna Harraway²⁸ afirma que "la única forma de dar con una visión más amplia es situarse en un lugar en concreto", sobre todo en posiciones marginales que no hayan sido demasiado afectadas por el sistema dominante. Quizás desde ahí sea posible desmontar de a poco una metanarrativa que, lejos de mejorar las capacidades y el desempeño de los bibliotecarios, convierte a los trabajadores de la información en instrumentos fáciles de manipular.

²⁸ Harraway, Donna (1991). *Simians, Cyborgs, and Women*. New York: Routledge.